

Por último, dice el mismo autor, un día á la hora de nona me envió á sacar agua de su pozo. Como yo me aproximase al pozo, ví dentro un áspid, el que me atemorizó tanto que al momento me dirigí hacia él, y le dije : « ! Ah ! Padre mío, estamos perdidos : he visto un áspid dentro del pozo. El moviendo la cabeza se sonrió, y con toda dulzura me respondió, pues él me trataba con extrema bondad : « Si el demonio excogitara el tirar áspides y otras bestias venenosas á todos los pozos y fuentes, por ventura ya no beberiais más ? » Se levantó enseguida, se fué al pozo, y arrojándose con la señal de la cruz dijo : « Toda la malicia del demonio queda desarmada en presancia de la cruz. » Al mismo tiempo tomó agua y bebió en ayunas.

SAN SERAPION EL SINDONITA ¹.

La conducta de este santo solitario desde el principio pareció tan extraordinaria á los que ignoraban las diferentes rutas por las cuales el espíritu de Dios conduce á sus elegidos, que fueron tentados de confundirla con la de aquellos monjes vagabundos que no tenían otra regla que el capricho y la inconstancia de su corazón.

Pero hay en el mundo ciertas demencias que á los ojos de Dios son altas sabidurias. Hay conductas opuestas á la prudencia humana que Dios las justifica con las maravillas de su gracia y de sus prodigios. Hay, por fin, ciertos estados de virtud que durante algún tiempo permanecen ocultos á los ojos de los hombres por ser excepciones á las reglas ordinarias, con los cuales Dios manifiesta la verdad por la gloria de sus Santos, quienes no se han hecho des-

¹ Paladio — Los Bolanditas — *Vitæ Patrum*.

preciables al juicio del mundo más que para dar al Señor una gloria más pura y más desgajada de todo interés propio.

Esto es lo que se debe considerar leyendo la vida de san Serapión el Sindonita para distinguirle de esos religiosos errantes, que pasando de una provincia á otra sin jamás detenerse en ningún monasterio ni en ninguna celda han sido justamente condenados por los ancianos Padres de la soledad. Si Serapión tuvo las apariencias de aquellos yendo de un lugar á otro, no tuvo ni su inestabilidad ni sus defectos. El espíritu de Dios le animó y le acompañó por todas partes, y siempre pareció que su conducta, aunque extraordinaria, era una verdadera sabiduría evangélica.

Era de Egipto, é hizo profesión de la vida solitaria. Aunque no hubiese estudiado ; no por eso dejó de aprender de memoria toda la sagrada Escritura. Se le dió el nombre de Sindonita, porque habiéndose despojado de todo, no había querido poseer más que una camisa de tela ordinaria sólo para cubrirse. Este admirable desprendimiento de todas las cosas junto á la austeridad de su vida le hizo llamar Serapión el Impasible.

La continua meditación de las santas Escrituras hizo tan profundas impresiones en su corazón, que no pudiéndose retener en el descanso de su celda, salió de ella, dice Paladio por quien tenemos su historia, no por algún deseo terrestre, sino por sentirse obligado á abrazar una vida apostólica. A lo cual podemos añadir que Dios queriéndose servir de él para la conversión de muchos pecadores, lo hizo pasar á diferentes lugares según los designios de su Providencia.

Se puso á viajar por países diversos, conservando en cualquier parte que estuviera, el espíritu de pobreza, de retiro y mortificación de un verdadero solitario. Habiendo llegado á cierta villa que su historia no nombra, se vendió

á unos comediantes extranjeros por el precio de veinte escudos, que no se descuidó de esconder y guardar. Este proceder tan fuera de propósito, según las apariencias, no tardó en redundar en gloria de Dios, manifestando la pureza de intención de su servidor. Mientras servia á estos comediantes no comia más que pan no bebiendo más que agua; continuaba meditando las santas Escrituras, y guardando gran recogimiento. Asi, sea por la santidad de su vida, sea por lo que él les decia de vez en cuando, tuvo el consuelo de hacerlos cristianos, y hacerlos abandonar el teatro. El marido fué el primero á quien Dios tocó el corazón; la mujer se convirtió algún tiempo despues, y por fin toda la familia siguió el mismo ejemplo. La conversión cambió muy pronto la disposición de sus corazones hacia Serapión. A medida que recibieron el santo bautismo y abrazaron una vida honesta y cristiana, fueron conociendo más su virtud, y en lugar de permitir como antes que les lavase los piés, ya no quisieron tenerlo como esclavo dándole todas las muestras de respeto y reconocimiento que merecian su piedad y la gracia de hacerse cristianos que él les habia obtenido del Señor.

« Es bien razonable, le dijeron, hermano nuestro, que nosotros, os redimamos poniéndoos en libertad, ya que vos habeis sido el primero en librnarnos á nosotros de tan cruel servidumbre. »

A lo que él respondió: « Ya que plugo á Dios obrar en vuestro favor, y habiendo correspondido á su gracia, vuestras almas han entrado en el camino de la salvación, os contaré la verdad del hecho. Siendo Egipto de nación, libre de nacimiento y consagrado al servicio de Dios, la compasión que tenía del error en que estabais y de la ruina que os era inevitable, me hizo resolver á venderme á mí mismo para procurar vuestra salud. Pues, ya que Dios se ha dignado concederosla sirviéndose para eso de mi miseria,

tomad de nuevo vuestro dinero, y permitidme que me retire á fin de ir á socorrer á otros. »

Bien lejos de querer volver á tomar su dinero, lo que les convenia cada dia más de la santidad y desprendimiento de Serapión, le conjuraron á que no les dejase pretextando que ya le consideraban como su padre y maestro; pero no pudiéndolo conseguir, le suplicaron que al menos diera aquel dinero á los pobres, por cuanto no les convenia emplearlo para sí mismos, habiendo sido la causa de su salud. Mas Serapión se defendió, alegando por razón que este dinero no le pertenecia, que era de ellos quienes, por sí mismos lo podian distribuir entre los pobres, y que, en cuanto á él, no queria hacer limosna con los bienes de otro. Así se vieron precisados á dejarle partir; pero suplicándole que al menos fuese á verlos una vez cada año.

Despues de este acto de caridad practicó otro casi semejante, que está relatado en la Vida de san Juan el Limosnero. El caso es que habiéndole una pobre viuda pedido limosna asegurándole que sus hijos padecian hambre y miseria, él movido por piedad y en la imposibilidad de socorrerla, le dió el dinero que habia recibido de unos comediantes griegos á quienes se habia vendido otra vez; y Dios bendijo tan cumplidamente su caridad, que mereció convertir á estos en pocos dias, del mismo modo que habia convertido á los otros.

Se hubiera dicho que sólo pasaba de un estado á otro para hacer actos de caridad siempre más heroicos y extraordinarios. Estos nuevos amos á quienes habia librado de la servitud del pecado, le dieron, volviéndole la libertad, un manto con una túnica y un libro de los Evangelios. Mas no tardó en volver á su primera desnudez; pues dió el manto á un pobre que encontró en su camino, y un poco despues habiendo encontrado otro todo transido de frio, le dió la túnica, quedándose con la ordinaria camisa

de que hemos hablado, que no le cubría más que á medias, y con el libro de los Evangelios.

Un hombre que le vió en este estado le preguntó quien lo había despojado así: Es aquel, de dijo, mostrándole el libro de los Evangelios.

Tomó despues un discípulo á quien probó de formar en la vida evangélica tanto con su ejemplo como con sus instrucciones. Con ocasión de este precioso libro de los Evangelios le dió una perfecta lección de desprendimiento; pues habiéndole también vendido para dar su precio á los pobres, como el discípulo que quería leerlo, le preguntara que se habia hecho, le respondió. « Creedme, hijo mio, es aquel que me dijo: Vended cuanto tengais y distribuidlo á los pobres, yo lo he también vendido para socorrerlos, para que en el dia del juicio nos pudiéramos presentar con mayor confianza. »

San Juan el Limosnero, que vivía dos cientos cincuenta años despues de san Serapion, y que leia muchas veces las *Actas de los Santos Padres*, en particular de aquellos que más se habian distinguido en la virtud de la caridad, leyendo un día esos rasgos de la vida de Serapion se conmovió hasta derramar lágrimas. No podía dejar de admirar la industria de una caridad que lo habia llevado al punto de despojarse de todo para socorrer á los pobres; más aun, á venderse á si mismo. Penetrado por un ejemplo tan conmovedor reunió los intendentes y limosneros de su casa, y despues de haberlos leido esos pasajes, les dijo que andaban muy engañados como también él, si se habian creido haber hecho algo de consideración dando á los pobres el dinero y los muebles que tenía en su casa; que sabia bien que se podia vender todo lo que poseian para con eso socorrerlos, pero que aun no conocía esa perfección de la caridad que había inducido á este gran Santo á venderse á si mismo por ellos.

Los rasgos de caridad que san Juan el Limosnero ensalzaba aquí, no se hallan en la narración de Paladio, lo que prueba que habia otra historia de san Serapion más detallada que la que nos ha dado el autor. Despues de muchos otros viajes que el Santo hizo, tanto al Egipto como á otras provincias del imperio, pasó á Grecia llegando hasta Atenas. Allí estuvo tres dias sin que nadie le diera un pedazo de pan. El jamás llevaba dinero, ni muchilla, ni piel de oveja, según la costumbre de los solitarios, ni aun bastón. Despues de cuatro dias se sintió oprimido por el hambre. Hallándose en tal extremo, se fué al lugar más elevado de la villa, en donde gran número de personas de consideración de ordinario se reunian, y exhalando suspiros acompañados de lágrimas exclamó: « Ciudadanos de Atenas, socorredme por piedad. » Algunos filósofos que allí se encontraban, gente siempre ávida de cosas nuevas, acudieron al momento, preguntándole de donde era y que necesitaba. El les respondió. « Soy egipcio de nación y solitario de profesión. Desde que estoy ausente de mi verdadera patria, me he visto acometido por tres acreedores, de los cuales los dos me han dejado en paz despues de haberlos satisfecho, no teniendo nada más que pedirme; pero no puedo encontrar medio de deshacerme del tercero. »

« Dónde están, pues, esos acreedores, le dijeron los filósofos? hacedlos venir para que podamos socorrerlos. » Estos, las respondió, son la avaricia, el amor á los placeres y el hambre. Los dos primeros me han dejado porque en el mundo ya no poseo cosa alguna, y he renunciado á toda suerte de delicias; pero no he podido deshacerme del hambre, y haciendo cuatro dias que no he comido, mi estómago me pide su alimento ordinario, sin el cual no viviría. »

Estos filósofos dieron poca fe á esto que acababa de decir. No obstante le dieron una moneda de plata, que al ins-

tante puso sobre la mesa de un panadero, tomando sólo un pan, saliendo despues de la ciudad á donde no volvió más : esto les hizo entender que aquel era hombre de verdadera virtud. Pagaron, pues, el pan al panadero, y recogieron la moneda.

El se fué de Atenas al vecindario de Lacedemonia, en donde habiendo sabido que uno de los principales de la ciudad, hombre por otra parte de buenas costumbres, estaba desgraciadamente comprometido con todo su familia en los errores de los maniqueos, se propuso convertirle, y se vendió á él como se había vendido á los comediantes. Le sirvió fielmente durante dos años, al cabo de los cuales los sacó á todos de esta herejia conduciéndolos á la iglesia. Quedaron tan penetrados de reconocimiento y estimación por su virtud, que ya no le miraron más como esclavo, antes bien le honraron como á padre espiritual, y le amaron como hermano en Jesucristo, alabando y sirviendo á Dios con él.

Habiendo así cumplido su misión para con ellos, no tardó en devolverles el dinero por el cual les había vendido su libertad, cuyo medio le procuró la Providencia ; y habiéndoles exhortado con mucho celo en la perseverancia en la verdadera fe y servicio de Dios, este hombre incomparable, que con razon, dice un historiador, se puede considerar como un diamante espiritual, se volvió á Alejandria, donde se metió en un buque que se hacia á la vela para Italia, con intención de ir á Roma. Los marineros creyendo que traia con que pagar, lo recibieron sin dificultad, pensando cada uno que alguien entre ellos había recogido sus vestidos ; y como hubieran hecho cerca de quinientos estadios y el sol estuviera cerca el ocaso, los pasajeros empazaron á comer, escepto él ; eso lo atribuyeron de un principio á la incomodidad que causa la navegación, creyéndolo así hasta el tercer á cuarto día ; mas al quinto viendo que tampoco comia, le preguntaron la causa, y él les respondió que

no tenía que comer. Los marineros entonces quisieron saber unos de otros quien había recibido los vestidos y si había pagado el viaje, y viendo que no tenía vestidos ni dinero, empezaron á reñirle. A lo que él les contestó que, siquierian, podian volverle allí de donde lo habían sacado.

Esta respuesta no les enfadó, al contrario que pareció que ellos temian enfadarle. « Tenemos, le dijeron, un viento favorable, y no os volveriamos donde os hemos encontrado, aunque nos dieseis cien escudos. » Lo guardaron, pues, en el buque manteniéndolo hasta Roma.

A su llegada se informó sobre los religiosos más eminentes en piedad que hubiera en la ciudad, trabó conocimiento entre otros con uno llamado Domnión, personaje muy docto en las cosas espirituales, y que estaba reputado como varón de acrisolada virtud y de una vida muy austera ; también se decia que había hecho milagros ; y despues de su muerte, su cama sirvió para curar muchos enfermos. Serapión quedó muy edificado de sus coloquios, habiendo recibido de él exelentes consejos para su perfección.

En fin, despues de otras muchas y admirables acciones que prueban su perfecto desprendimiento de las cosas del mundo, san Serapión murió á la edad de sesenta años á principios del siglo quinto.

MATOÉ, MOTIO É ISAAC, SU DISCIPULO¹.

Hay autores que de los solitarios Matoé y Motio han hecho un solo personaje á quien han llamado Muthué y Motoé ; pero son muy diferentes ; porque Motio y su discípulo Isaac fueron obispos, y Matoé sólo fué sacerdote.

¹ Vit. PP. Cotelier, Bulteau.

Aquí, pues, los distinguiremos empezando por el abad Matoé.

No se sabe con precisión en que lugar fué educado en la vida monástica. Sólo sabemos que estaba unido por amistad con Juan solitario de las Celdas; pero no moraban juntos.

El abad Jacob habiendo ido á verle díjole que queria ir á las Celdas: « Si vais allá, le dijo Matoé, os ruego que saludeis de mi parte al abad Juan. » No faltó en eso, y Juan hablando de Matoé le contestó: « Es ese un verdadero Israelita en el cual no hay dolo. » Al año siguiente Jacob volvió otra vez á visitarle, y haciéndole saludo de parte del abad Juan, le relató cuanto habia dicho de ventajoso sobre él. « No merezco, contesto Matoé, tal elogio; pero sabed que cuando oigais que un anciano con sus alabanzas ensalza á otro más que á sí mismo, habeis de pensar que aquello es una prueba de gran virtud, porque es propio de la perfección preferir siempre los otros á sí mismo. »

Por algunas sentencias que de él tenemos parece que tenía reputación de un padre muy espiritual, y que frecuentemente era consultado por los otros hermanos. Esó no impidió que él se conservase hasta el fin de sus días en los más humildes sentimientos de sí mismo; lo que le hizo decir un día: « Cuando era joven creia que un día quizás podría hacer algún progreso en la virtud; pero ahora que soy viejo veo que ningún bien he hecho. »

Se puede presumir que había llegado á una íntima unión con Dios, si se ha de juzgar por una sentencia muy edificante que solia pronunciar. « Cuanto, decía él, un hombre se aproxima á Dios, tanto re reconoce pecador, á ejemplo de Isaias, quien habiendo tenido la dicha de verle, se reconocia por un miserable é inmundo. » Lo que más prueba su humildad es que no queria que se hiciese mérito del retiro tan estricto que ordinariamente guardaba.

Eso lo decia á un hermano que le habia ido á consultar sobre la dificultad que tenía en moderar su lengua. « Dadme, Padre mio, un medio para moderar mi lengua, le decia este hermano; pues me causa mucha inquietud. Apenas me encuentro con los otros que no puedo dejar de censurar á unos, y reprender á otros? El le contestó: « El mejor medio es que os retireis á un lugar donde podais vivir solo. La soledad es la medicina propia para vuestra flaqueza. Por lo demás cuando vivimos con los otros hermanos no debemos ser cuadrangulares, es decir, difíciles de mover; sino que debemos ser redondos, y por consiguientes fáciles á rodear hacia todos los actos officiosos de caridad. Por lo que á mi toca, añadió, no penseis que la vida solitaria que llevo sea un efecto de mi virtud; al contrario prueba una gran flaqueza y que no soy capaz á conservarme entre los hombres. »

A un hermano que le pidió una palabra de edificación, le encomendó que evitase toda contestación, que se exitase en sentimientos de compunción, representándose que estaba próximo á su fin. A otro le dió también los siguientes consejos: « 1º Pedid á menudo al Señor que os haga bien humilde, y os dé lágrimas para llorar vuestros pecados, los cuales representaréis con frecuencia en vuestra memoria para mejor exitaros á contrición; 2º nunca os tomeis la libertad de juzgar á los otros, y en espíritu poneos siempre debajo de los otros; 3º no os familiariceis con niños ni con mujeres, y nunca contraigais amistad con los herejes; 4º poned un freno á vuestra lengua, y no le deis demasiada libertad; 5º Sed sobrio en la comida y aún más respecto al vino; 6º no dispusteis con nadie; pero si veis que la idea que él sostiene es buena, decid como él; si no es buena, contentaos en contestarle que cada uno puede pensar como quiera, y no disputeis más. Esta es buena práctica de humildad. »

Quería que se fuera discreto, sobre todo al principio, cuando á veces uno se deja arrastrar tanto del fervor que despues se ve obligado á pararse. « Quiero más, decía él, ejercicios moderados y que duren, que no emprenderlos al momento muy laboriosos en cuya prosecución se relaja por no poderlos sostener.

« El demonio, decía, no conoce positivamente á que vicio se dejará arrastrar el alma que quiere seducir; pero pone en élla la semilla de muchos, una vez de malos pensamientos, otras, de detracción á de otros pecados. Cuando ve que tiene más propensión á uno de estos vicios, tiende su redes por este lado. »

Un hermano fué á manifestarle la pena que sentía por tener que adelantar la hora ordinaria de los solitarios para la comida, cuando iban á verle los hermanos; á lo que le contestó: « Bueno es que vos sintais pena: hacedlo sin embargo por caridad por la necesidad que ellos tienen; pero si cuando no hay estrangero, comieseis antes de la hora, entonces sería que por vuestra propia voluntad faltariais á la costumbre de los solitarios, y por tanto seriais culpable. »

Tales eran los consejos de humildad, mortificación y prudencia que el abad Matoé daba á los que recorrían á él para instruirse en sus deberes; y ninguno daba que él no practicase. Pasó algún tiempo en el desierto de Raïthe en la Arabia, desde donde se fué á Magdol cerca de Damietta con otro religioso. El Obispo del país, quien conocía lo mucho que valía, se sirvió de esta favorable ocasión para retenerle y ordenarle de presbítero. Despues de las ceremonias se quedó con él y conversando le dijo: « Perdonadme, Padre mío, si he violentado vuestra virtud elevándoos al sacerdocio. Bien lo veía que era contra vuestra voluntad; pero en eso mismo he querido obtener vuestra bendición. » Matoé con humildad le contestó, que era positivo

que su corazón estaba bien lejos de desear el honor del sacerdocio; pero que aquello que le causaba nueva pena era que por eso se encontraba separado del religioso que vivía con él. « Si creéis, le dijo el obispo, que sea digno del carácter sagrado, también le ordenaré de sacerdote. » — « No lo sé, replicó, Matoé, si es digno; lo que sé que es mejor que yo. » En vista de esta contestación el obispo también lo ordenó; pero ni uno ni otro se quisieron jamás aproximar al altar para ofrecer el sacrificio; lo que hicieron movidos por un extraordinario sentimiento de humildad. Pues Matoé considerando por una parte la terrible grandeza del ministerio que está confiado á los sacerdotes, y por otra su bajeza á causa de los sentimientos de menosprecio que tenía de sí mismo, decía: « Espero confiadamente que Dios en el día del juicio no me reprochará por no haberme atrevido despues de ordenado á ofrecer el santo sacrificio; porque el sacerdote ha de ser santo, y yo me conozco demasiado para creerme que lo sea. »

El abad Motio primeramente edificó una pequeña celda cerca de una ciudad de Egipto llamada Heraclea, en la cual moró algún tiempo; pero hallándose importunado por las visitas que le hacían, se trasladó á otra parte para vivir en mayor retiro. Mientras se acariciaba de ocuparse con más tranquilidad de espíritu en los ejercicios de su estado, el demonio suscitó contra él un falso hermano del vecindario, á quien inspiró tan grande celosía contra aquel, que no cesó de hostigarle y molestarle mucho.

Motio creyó que el mejor modo de curar á este humano de su celosía era cederle la plaza retirándose á otro lugar. Se volvió á la aldea en donde había nacido, edificando allí una celda en la cual se encerró completamente. Sin embargo los ancianos del desierto que había dejado, conociendo el motivo quisieron reconciliarle con el causante, y habiéndolo cogido se fueron juntos á la aldea. Cuando hubieron

llegado á cierta distancia, le dijeron que se parase cerca de otro solitario, llamado Sores que allí moraba, dándole sus mantos de piel que ellos llevaban para que se los guardase, esperando así que ellos hubiesen prevenido á Motio. Despues continuaron su viaje hacia la celda ; y despues de haber llamado á la puerta, Motio contestando desde la ventana, preguntóles que habian hecho de sus mantos. Los hemos dejado, le dijeron, en la celda del abad Sores en manos del hermano, nombrándole al mismo tiempo. Apenas oyó nombrarle, tomó un hacha, rompió la puerta de su reclusión, y sin detenerse con estos ancianos, corrió hacia su enemigo, se humilló antes que él abrazándole tiernamente ; despues lo introdujo con los otros en su celda, donde despues de haberlos tratado del mejor modo que pudo durante tres dias, volvió en compañía de ellos á la celda que había dejado en aquella ocasion.

Así es como este santo solitario supo practicar las máximas de humildad y caridad que inspiraba á los otros ; pues decía que la verdadera humildad consistía en perdonar fácilmente les ofensas que nuestros hermanos nos hubiesen hecho, y que era necesario prevenirlos sin aguardar satisfacciones. Añadia que era propio de este virtud no irritarse contra los otros, y no darles ocasion que ellos se irritasen por nosotros.

A un hermano que le pedía como se debía conducir cuando moraría con otros hermanos, como se había propuesto, también le dió este exelente consejo : « Si vos deseais retiraros con otros hermanos, no busqueis adquirir fama, diciendo que quereis vivir retirado de los otros, ó que no quereis comer como los otros ; eso sólo os haría considerar como un religioso más recogido ó más austero, y seria como lo seriais menos, porque estariais molestado por las visitas ; pues los hombres corren en seguida, cuando oyen contar algo extraordinario de alguien.

« Tened, pues, por máxima en cualquier lugar que os retireis, desdel punto que estéis con personas bien reguladas y sólidamente piadosas, el conformaros á sus usos sin buscar el distingueros en prácticas singulares : con eso os hallaréis al nivel de los otros ; no atraeréis hacia vos las miradas de nadie, porque quedaréis confundido con ellos por la misma regla de conducta, y evitando las redes de la vanidad, os conservaréis en la humildad. »

Dios que se complace en exaltar á los humildes mientras ellos buscan la humildad, honró á Motio con el don de milagros, y fué consagrado Obispo. Tovo un discípulo llamado Isaac, quien fué igualmente consagrado obispo por san Cirilo de Alejandria ; pero nada sabemos de las circunstancias de su consagración, ni tampoco de las sillas que ocuparon.